

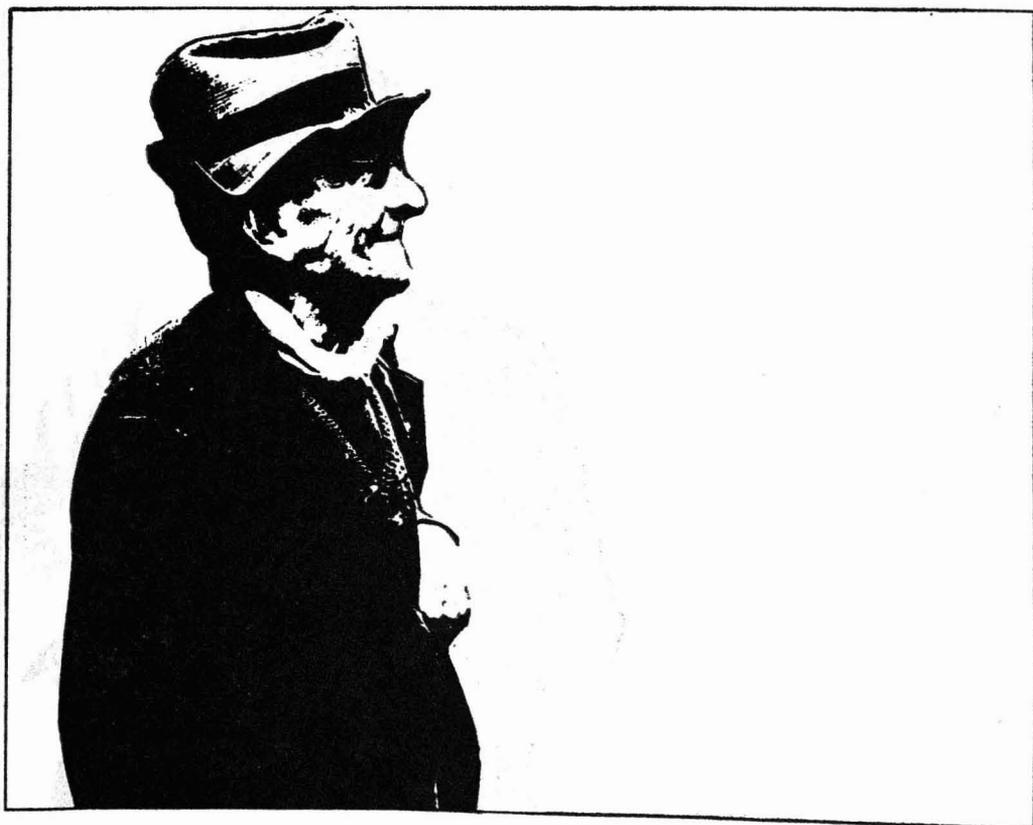
Del diario literario de Paul Léautaud*

NOTA INTRODUCTORIA

Cada cual debe llevar el diario de algún otro, dijo Oscar Wilde, tal vez con razón, porque nada es tan difícil como juzgar los hechos que nos conciernen directamente. En los diarios de Stevenson y de Kipling, escritos por sus mujeres —ambas de carácter firme— y en la más famosa de las biografías —cabe describir la *Vida* del doctor Johnson, por Boswell, como el diario de un escritor, llevado por otro— encontramos la expresión indudable de la burla y de la verdad de la paradoja de Wilde. En todo caso, la primera de las perplejidades del diarista concierne lo que debe registrar y lo que debe omitir. Gide considera equivocada la pretensión de sólo anotar lo muy importante. En la escuela opuesta, Jules Renard extrae de sus días la esencia epigramática, y más que diario el suyo es un luminoso libro de observaciones y de reflexiones. Pepys procura registrar todo, de manera casi indiscriminada; el resultado es la acumulación de material de poca trascendencia: "Fui a tal parte, vi a Fulano, volví a casa." Un amigo me explicaba: "Cada frase equivale, para el autor, a un nudo en el pañuelo; le recuerda algo, secreto para nosotros. Lea usted en orden, empezando por el principio; de pronto esa multitud de indicaciones se organiza milagrosamente y emergen con nitidez Pepys y su época." Porque no seguí el consejo, no corroboro ni desmiento el milagro. La segunda perplejidad proviene de que el diarista descubre que su vida está hecha de repeticiones; la frase de un libro de memorias, *durante años vi a Fulanita*, puede ocupar volúmenes en un diario. Tan abrumado estaba Benjamín Constant con esas repeticiones, que ideó una clave numérica para aligerarlas; si mal no recuerdo, Constant escribe un 1 para representar el amor, un 2 para la inquebrantable resolución de romper el eterno yugo con Mme. de Staël, un 3 para la conformidad con ese yugo, un 4 para el trabajo, un 5 para los proyectos de viaje, un 6 para las disputas con su padre, un 7 para las reconciliaciones con su padre, y así hasta llegar a poco menos de 20; de modo que no faltan líneas como: 4 mal, 3,2,5,6. Véase a cuánto se expone el lector ansioso de intimidades.

Léautaud ejerció en la vida y en los libros una veracidad a la que sólo moderaron los apremios de la milicia y de la afición por las réplicas agudas. En su *Journal Littéraire* procuró, evidentemente, no callar nada: propósito que bien podría llevarlo a los extremos de Tristan Shandy, que para relatar dos días empleó dos años. Como curiosidad recuerdo la explicación de Russell, en *Principles of Mathematics*: a ese paso Tristan Shandy, si viviera eternamente, llegaría a escribir todos los momentos de su biografía. Volviendo a las cosas de los mortales, resulta claro que todo diario consiste en una selección más o menos voluntaria. En el suyo, Léautaud habla preferentemente de sí mismo, de los colegas, de los compañeros de redacción del *Mercure*, de las mujeres y de los perros y de los gatos que lo rodeaban, de los amores y de las muertes (no ocultaba su afán de mirar cadáveres), de la guerra y del patriotismo, que lo enojaban, de su madre, que lo había renegado, del premio Goncourt: año tras año con reunir en volumen *Amours* e *In Memoriam*, lo hubiera obtenido, pero no le satisfacían esas páginas, no se resignaba a darlas a la imprenta sin corregirlas, y no las corregía porque

había perdido el interés en ellas y porque la promesa de la gloria y de los cinco mil francos del premio —apenas ganaba en el *Mercure* ciento cincuenta francos mensuales y veinticinco más por cada nota sobre teatro— no lo decidía a romper su norma de sólo escribir por gusto. Desde luego, la obra abunda en historia menuda, y de la crónica de hechos, de libros y de nombres enterrados con su época se desprende, en ocasiones, un vaho de mortalidad, que en estos volúmenes no acongoja, porque en ellos priman las excelencias del autor: la observación perspicaz, la máxima, comparable con las de La Rochefoucauld, el retrato nítido y asombroso (en la vida sobran motivos de asombro, pero descubrirlos es riqueza del observador). Son memorables los retratos que ha trazado Léautaud de Gourmont y de Mme. de Courriere, de Francois Coppée, de Catulle Mendés, de Moréas, de Schwob, de Pierre Louys, de Guillaume Apollinaire, de Max Jacob, de Charles-Louis Philippe —"muerto, parecía un títere"— y de individuos extraños, como Nicolardot y como Rebell. Sobre la muerte de Balzac refiere una circunstancia, que Mirabeau debió suprimir de uno de sus libros, no indigna de la más truculenta agonía de



* Paul Léautaud, *Journal Littéraire* 1910-1921. (Mercure de France, París.)

la Comedia Humana. Acerca del estilo de su amigo Valéry, opina que es artificial e impreciso (el de Léautaud siempre es llano; dijo: "Un escritor que declama, nada más despreciable. Corneille y Racine, Rousseau y Chateaubriand obran en nosotros, aun si los hemos leído, a través de otros escritores; con ellos aparece la declamación y son la ruina de las letras"). De Claretie afirma que era un trabajador excepcional; "Novelas, crónicas, artículos en los diarios, piezas de teatro, contestación a todas las cartas, admiración de la Comedia Francesa, Academia, discursos, vida de familia, entierros y estrenos, a todo hacía frente, sin detenerse un día. Qué don de ilusión esto supone, qué falta de sensibilidad... Envidiamos, tal vez... ¿Soñar, vagabundear, meditar?

Conozco todo eso: no es demasiado alegre. Trabajar es olvidar, es olvidar".

Léautaud se describe a sí mismo como "personal hasta el disgusto, libre hasta la afrenta, sensible hasta la ridiculez, imperfecto hasta el exceso". Pudo agregar *contradictorio*, seguro de que ninguno de sus escritos —todos ellos de índole más o menos autobiográfica— lo desmentiría. En las referencias a su madre, combina una sensibilidad como la de Proust con un

impudor como no hay ejemplo. Sostiene que es haragán —"ni la necesidad me mueve"—, pero a veces trabaja ininterrumpidamente doce horas.

Declara: "Debo negar, burlar, destruir, oponerme. No sólo importa decir lo que uno piensa; también importa decir maldades, enojar al prójimo, escarnecerlo." A pesar de todo ello, puede ser caritativo: para un escritor muy pobre —más pobre que él— organiza, entre los amigos del *Mercur*, una colecta, en la que participa, y cuando entrega los francos, declara que son la donación de un admirador anónimo. En el trato con los animales bordea la santidad. (Una mujer católica dijo de este ateo: Está más cerca de Dios que muchos cristianos.) En su casa, en Fontenay, hospeda, entre perros y gatos recogidos en la calle, unos cuarenta animales. En cierta oportunidad reflexiona que está ganando algún dinero, que podría cumplir el sueño de su juventud: vivir en la rue Richelieu, tener una criada, permitirse el lujo de comprar unos pocos libros, y los grabados, que tanto desea, con la esfinge de Voltaire, de Diderot y de Stendhal; pero se resigna a su onerosa casa de los alrededores, a viajar en tren todas las mañanas y todas las noches, a vestirse con harapos. con tal de que

sus animales dispongan de jardín. Para que no pasen frío, en un día de invierno de 1917, carga ciento cincuenta kilos de carbón en un carrito y lo empuja desde París hasta Fontenay, durante cinco horas. Un domingo, un periodista lo visita; cuando Léautaud lee su retrato en *La Vie de Lettres*, no se reconoce. ¿Que vive en el olor de gatos y de perros? Imposible. Continuamente está fregando con lavandina. ¿Que usa una chaqueta despedazada? Mentira. Esa tarde vestía camión. (No es menos cierto que solía ir al teatro con dos chaquetas sobrepuestas.) ¿Un pantalón de arpillera? Lo duda. Tenía envuelta en algodones una pierna; pero concluye con candor: "Tal vez, a pesar de todo, produzco ese efecto, de bohemio despreocupado del qué dirán." En otra ocasión piensa: "Lástima que los buenos recuerdos correspondan a hechos lejanos y como extraños a mi vida."

Léautaud ha escrito *Le Petit Ami*, suerte de novela, muy curiosa, que trata de la relación entre él y su madre, *In Memoriam*, páginas implacablemente lúcidas, acerca de su padre (éste se le apareció en sueños, más de una vez, "con la cara que tenía en la vida y con la cara que tenía en la muerte", y le reprochó el haberlas publicado), *Passe Temps* y *Propos d'un Jour*, dos admirables misceláneas, *Le Theatre de Maurice Boissard*, famosas crónicas dramáticas, un tanto envejecidas, los riquísimos *Entretiens* con Robert Mallet, las antologías de *Stendhal* y *Poetas d'Aujourd'hui* (esta última en colaboración con Adolphe Van Bever), algunos opúsculos y varias compilaciones de cartas. Pocos parecen estos libros, comparados con los diez y ocho volúmenes del *Journal Littéraire*, que abarca desde el 3 de noviembre de 1893 hasta el 17 de febrero de 1956 (cinco días antes de la muerte del autor). Sin duda, entre las perplejidades del diarista, olvidé la que lo lleva a postergar incesantemente el resto de la obra. Habitado a que su mero vivir, tras cada jornada, le proporcione el material para llenar las carillas, todo trabajo de invención y de construcción lo cansa de antemano. Lo ha dicho Léautaud: "Yo creo que mi placer de escribir podría muy bien circunscribirse a este diario."

Adolfo Bioy Casares

(De *La otra aventura*)



1895

Abril. Me decidí a llevar mis versos al Mercurio. Conocí al director, Alfred Vallette, a quien no había visto más que en las representaciones de *L'Oeuvre*. Encantador recibimiento. Lugné-Poe me recibió diciéndome: "No hay necesidad de presentaciones para venir aquí." Al salir, le dije a Van Bever, en su pequeño escritorio que sirve de entrada: "Traje mis versos y se aceptarán."

Mayo. Mis versos se aceptaron.

Diciembre. He aquí mi única ambición: llegar a los cuarenta años con un millar de versos que por su belleza me ameriten ser criticado.

Me dan ganas de injuriar todo lo que es autoridad.

Es una fuerza que no tiene nada de admirable.

Leer... es un verdadero sufrimiento para mí.

1896

Enero. Para vivir bien hay que pensar a menudo en la muerte, dice, creo, un proverbio. Yo no sé si habré vivido bien, pero jamás he podido conocer a alguien sin pensar al mismo tiempo en la actitud que deberé tomar cuando vaya a su entierro.

26 de noviembre. También deseo escribir algunas páginas que aún puedan gustarme a los cuarenta años.

1897

26 de marzo. Siempre habrá una cosa que me interese más que las obras mismas de los escritores: la manera como las escribieron; sus sentimientos, sinceros o imaginados (superiores éstos últimos), que les animaban al escribir. Quisiera verlos cuando escriben.

Hay dos autores que no conozco, a quienes solamente he leído pero con quienes jamás he hablado. Pero cuando pienso en ellos, me digo: mi querido Jammes, mi querido Gide.

Porque en los poetas había leído demasiado la palabra soñar, ¡cuántas horas pasé acurrucado en mi sillón y en mí mismo!

1898

5 de junio. Todavía lloro cuando me recitan *Le Balcon*.

4 de septiembre. Estar siempre vigilante, siempre consciente. Desafiar el estilo de Renan, todos los estilos considerados "grandes estilos". No hacer frases fáciles, insulsas, al contrario, frases duras, secas, aún rudas. De estas frases se desprende también una armonía.

Simplificar sin tregua. Lo menos posible de epítetos.

Una frase delicada aquí y allá, como una sonrisa oculta, atenuará.

Saber escoger... Para expresar una idea, un sentimiento, diez palabras, diez imágenes se ofrecen. Saber escoger...

Escribo, sé lo que voy a escribir, y después de haberlo pensado lo pienso otra vez, y me gustaría no hacer otra cosa que ignorarlo.

Pequeñas cosas duras y concisas, imperceptibles y llenas de reflejos, a la vez unas y múltiples, unas veces trémulas y

otras glaciales, pequeñas vidas eternas y sin límites; ideas: quizá todo el arte no valga vuestro rigor.

Valéry es anti-dreyfusiano tan apasionadamente como yo soy dreyfusiano. Hablamos de "*L'Affaire*" en nuestros paseos vespertinos. Nos oponemos y nos ofendemos hasta que finalmente estallamos de risa. Jamás hemos tenido una sola palabra de acuerdo en cuanto a este tema, y sin embargo no se resiente en nuestra relación ni en nuestra recíproca cordialidad. ¿Será él más apasionado que yo, por lo que me acaba de contar?

"Amigo mío... Llego a casa de Schwob el domingo, ¿qué veo sobre la chimenea?... La fotografía del Coronel Picquart... No di un solo paso más. Le dije a Schwob: Mi querido amigo, usted tiene esta fotografía sobre la chimenea... le digo adiós... usted no me verá más... puede contar con que no volveré a poner los pies en su casa." —A mí, contado por el mismo Valéry.

En otra ocasión: "Que lo fusilen (refiriéndose a Dreyfus) y que no se hable más de él." Estaba un poco deslumbrado. "¡Vamos! ¡Vamos! Quiero creer que si la decisión le perteneciera, usted dudaría un poco. Yo, ¡de ninguna manera!

10 de septiembre. Esta mañana los periódicos anuncian la muerte de Mallarmé, acontecida ayer, súbitamente, en su pequeña casa de Valvins. El que fue mi maestro. Cuando conocí sus versos fue para mí una revelación, un prodigioso deslumbramiento, un reflejo penetrante de la belleza, pero al mismo tiempo que me mostró sus versos conducidos a su más fuerte expresión y perfección, me desanimó de la poesía, porque comprendí que nada valía más que sus versos y caminar en esta dirección, es decir, imitar, sería poco digno y poco meritario. Me acuerdo que les hablaba de ellos a todos mis colegas del estudio, y que les iba a comprar con Perrin un ejemplar de *Versos y prosa* para cada uno. Mallarmé es verdaderamente el único poeta. Tengo esta opinión desde que lo leí la primera vez. Como poeta, por la expresión y la quintaesencia de la forma, está mucho más arriba de Hugo, y Verlaine, a su lado, no es más que un elegíaco. Los versos de Mallarmé son una maravilla inagotable de sueño y transparencia.

Mallarmé fue quien decidió mis relaciones con Valéry. Hasta entonces lo había visto solamente los martes en el Mercurio, sin hablarle. Un martes, cuando iba al Mercurio, entré a la tabaquería de la calle Sein, entre la calle Saint-Suplice y la calle Lobineau. Valéry salía de ahí, me esperó, e hicimos camino juntos. No supe lo que lo llevó a pronunciar el nombre de Baudelaire. Le contesté que había un poeta que yo ponía muy por encima: Mallarmé. Desde que no sé qué simpatía me liga a él, hemos hablado a menudo. Aún más, él debía llevarme, una tarde de este invierno, a la calle de Rome. No tendré este placer. Había proyectado escribir sobre Mallarmé un "Homenaje al Poeta". Este trabajo está todavía por hacerse.

Mallarmé ha muerto. Ha roto el cristal por el monstruo insultado. El cisne magnífico está por fin liberado. Y qué calidad: él era único.

27 de septiembre. La idea del suicidio me obsesiona de nuevo desde hace algunos días. Cada año, paso dos o tres meses en este estado.

29 de noviembre. Valéry vino a buscarme a mi casa esta tarde, después de cenar, para dar un paseo. Mientras me preparaba, tomó una hoja de papel, y escribió:

Cuento

A Paul Léautaud

Había una vez un escritor, que escribía.
Valéry.

1903

22 de marzo. Por primera vez estuve en casa de Schwob, a consecuencia de su invitación en respuesta al envío del "*Petit Ami*". Un individuo encantador, de rostro curioso. Se parece a Napoleón. Infinitamente instruido, sabe todo. Sencillo, jamás pedante. Me recibió un sirviente chino, que agrega un matiz más a esta habitación vasta, clara y silenciosa. Desde la antecámara vi que Schwob me hacía un guiño en la pieza vecina. Cumplidos suyos. Después vino Moréno, afable como un camarada. No sé qué miembro de la *Academia des Inscriptions* llegó, grande, flaco, barba rubia y larga, con lentes, que conozco de vista por encontrarlo a menudo en la calle Richelieu, entrando a La Nacional. Luego, otro invitado. Se habló de la Tiara de Saïtapharnés. Schwob fue a buscar a la pieza vecina un cofre del Renacimiento, de plata; según parece, ricamente labrado, que compró en Niza, creo. Lo mostró a cada uno de nosotros, lo examinamos, se le admiró y conversamos. Luego Schwob puso el cofre sobre la chimenea. Llegan otras gentes. José de Charmoy, un hombre muy joven, autor del monumento a Baudelaire, rostro afeitado, pálido y moreno, de porte muy renacentista, con su deliciosa esposa que parece una niña de catorce años. Luego muchas otras gentes... En ese momento, Moréno percibió el cofre sobre la chimenea: "¿Cómo dejas ese cofre ahí, Marcel!... ¡Es una locura!... ¡No se sabe quién viene aquí!..." Y desapareció, para llevárselo a un lugar más seguro. Poco después conversé con Schwob sobre *Gil Blas*, *Revue Bleue*, un puesto de secretaria, mis labores de estudio, falta de tiempo. Vi a Gide, que me habló de mi libro, del que también he hablado con Valéry. Tuvo éxito, dice, en hacerle cambiar un poco de opinión... Cumplidos. Le enviaré un ejemplar. Vi a la condesa de Noailles, gran dama pero no del todo sencilla. Alguien le preguntó lo que le gustaría: "¡Vivir en la selva virgen!"

6 de mayo. No soy completamente brillante en literatura. Primero, no logro introducirme totalmente. Lo que hacen a mi alrededor no me interesa lo suficiente. Me doy cuenta, cada vez más, que una sola cosa me interesa: yo, y lo que en mí pasa, lo que he sido, lo que soy ahora, mis ideas, mis recuerdos, mis proyectos, mis penas, toda mi vida. Después de eso, el resto no me interesa sino en relación a mí.

Cuando no me encuentro en cierto estado de excitación, tristeza o alegría, no siento gusto por nada, ni por una idea, nada. ¿Seré acaso un soñador apasionado? Esta mañana releía en *Vie de Henri Brulard*, el pasaje del "momento del genio". Es absolutamente mi caso. Cuando escribir se vuelve trabajo, envío todo al diablo. Y sin embargo tengo una voluntad extrema. Algunas veces he empezado diez veces la misma página, el mismo capítulo. Me sentía desgraciado como las piedras. Pero eso no cambiaba nada y recomenzaba. No tengo ninguna confianza en mí, será necesario que tenga la fuerza para no leer nada, de creer en mí y sólo en mí, como si fuese el único que escribiese. Y luego, comenzar; el comienzo de cualquier cosa es lo verdaderamente difícil. Qué trabajo las primeras frases.

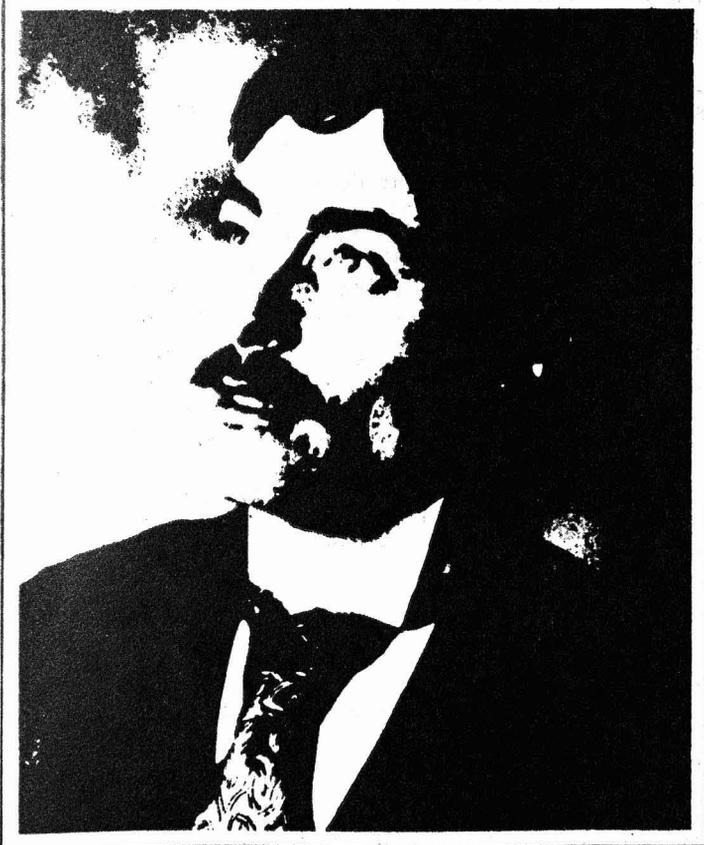
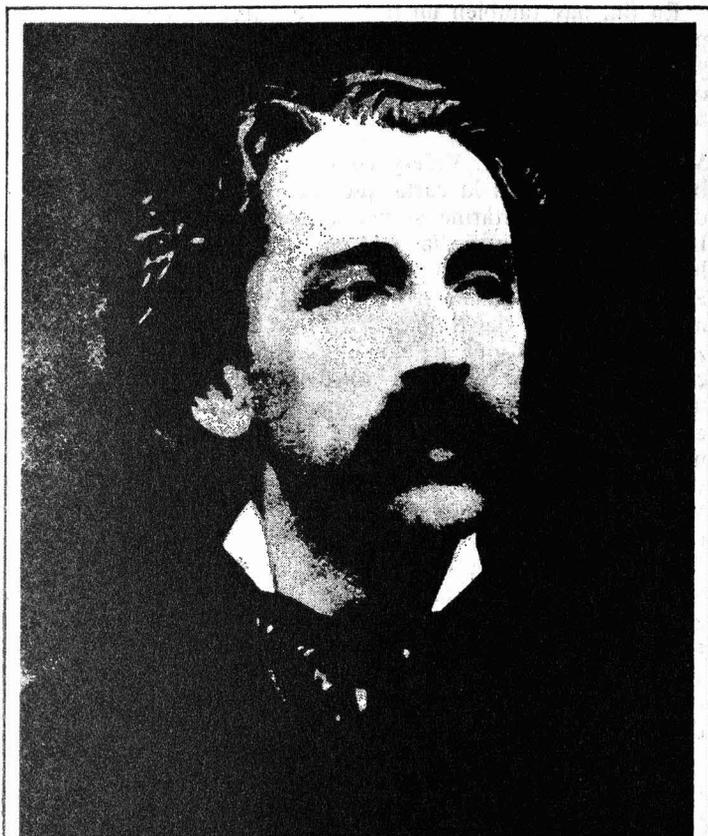
¡Cómo tratar otros temas sin arrebatamiento! Los defectos,

frases olvidadas, irreparables quizá de P.A.* Sólo después de sentirme tan poco sólido, tan enfermo, me siento seguro hasta el fondo. Además esta frecuente falta de facilidad. Todos los elogios, todos los alientos, no solucionarán nada. Lo siento, sólo yo cuento en esta materia. Lo que no encuentro bien en un momento, jamás podré encontrarlo bien. Todavía no tengo ideas claras sobre mi libro. Daría mucho por poder recomenzarlo, y sin embargo no lo cambiaría gran cosa, no agregaría más que las frases anotadas a lápiz sobre pequeñas hojas sueltas, pero que sería mucho a mis ojos, sobretodo si encontrara un mejor final, más conciso y menos literario, del capítulo VII.

Decididamente no estoy lo bastante loco. En estos días me hicieron que enviara ejemplares para el *Prix Goncourt*. Me parece espantoso. ¡Un premio! ¡La literatura premiada! ¡Pobres cosas! ¡Colegiales! ¡Es cierto que son cinco mil francos! Pero... Quizá eso pase en silencio. Qué buenas voluntades encontradas. ¡Ah! Podré decirlo: hubiera inspirado simpatía a todos los que me hubiesen conocido, pero tres días después, soy tan seco... La vida no es suficientemente vivida, no hay más que vivir a mansalva, y las intermitencias son muy largas. También estas notas están escritas muy de prisa, sin la suficiente reflexión. ¿No es esto entonces sino trabajo y dificultades?

Martes 27 de octubre. Georgette contribuyó mucho a formar y modificar mis ideas sobre las mujeres, aunque sea falso juzgar a todas por una. Sería más exacto decir: a pensar en las mujeres de la manera en que hay que pensar para sacar únicamente placer, y no tristezas, o al menos lo menos posible. En ella vi, 1o.: la pequeña pensionista tímida y novelesca, enamorada del primer hombre que ve (es cierto que entonces yo tenía un aire muy novelesco), que dice no casarse con nadie en el mundo excepto con él, y que se deja tomar por él a la primera ocasión (sus vacaciones en la casa de Courbe Voie, ella durmiendo en mi recámara y yo en el comedor, venía a reencontrarme cuando Luisa dormía); 2o.: la jovencita que continúa a pesar suyo por el mismo camino en el que empezó, con remordimientos inútiles, de grandes pudores, con un sentimiento excesivo de creer ser deshonesto y que es fuertemente seducida e impresionada por el lado de la vida especial de su enamorado (calle Savoie, los domingos, cuando tan pronto llegaba en la mañana, se recostaba conmigo, obediente, a la vez contenta y triste, hubiera deseado verme trabajar, como ella dice, y me lo decía todavía el jueves pasado, la intimidaba entonces mucho); 3o.: La jovencita, a quien su locura retoma, después de años de separación, a pesar de los tristes recuerdos que en el fondo no son nada agradables. Ha vivido poco, no quiere confesarse lo que desea. Al primer pretexto posible me escribe, sabiendo bien que le contestaré y lo que de eso resultará (fin 1901, cuando me escribía al estudio Barberon y nos vimos muchas veces en su casa. La primera o la segunda noche me saltó al cuello pidiéndome que me quedara, fin de 1901, cuando me escribió de nuevo. Esta vez no hubo nada porque se había cambiado y no quiso ni siquiera darme su dirección. Fue entonces cuando vino muchas veces a verme a escondidas a mi casa, por la noche, preguntándole a la portera si estaba solo; recibiendo la respuesta negativa, se regresaba. Después en enero de 1903, cuando me anunció su partida a Inglaterra, y el día de nuestros adioses me pedía venir a mi casa. No era posible; naturalmente, tuve que hacerle creer que trabajaba en la noche, en el estudio,

* (Al parecer, se refiere a Paul Adam, escritor francés. N. de la R.)



Paul Valéry

para que no cayera a casa. Si yo hubiera insistido mucho seguramente la tendría todavía); 4o.: La mujer joven (tiene o va a tener 27 años) muy cambiada a la jovencita, mucho más escéptica, más burlona, con sentimientos menos fuertes, y que comienza a distinguir, a escoger en la vida, a no buscar más, en lo posible, que su placer, la Georgette del jueves pasado, que me parece ser también más sensual. Podría seguir agregando un 5o. y un 6o. para la mujer de 30 años, para la mujer madura, para la mujer de gran edad, y por la vieja amiga.

1904

Viernes 13 de mayo. Tengo necesidad de ciertos excitantes para soportar a una mujer. El viernes pasado, me encontré con Claudine Hervet, como en una tarde del pasado febrero. No me reconoció pronto, a pesar de todas las indicaciones que le dí sobre nuestra primera entrevista. Ella está ahora viviendo con no sé quién, y durante el día, hace de mujer liviana. Le dije que si la hubiera conocido con tales disposiciones le habría propuesto mejor algo de lenguaje, de consejos, etc., etc. Sentía gran placer al hablarle así a esta muchacha. Me respondió, ¡y con qué facilidad!, que eso no le importaba al acostarse con las personas siempre y cuando tuvieran dinero. La llevé a un hotel de la calle Arbre-sec, creo. Estuvimos ahí una media hora, tres cuartos de hora, y ya era su amante de corazón. Le hablaba de los buenos negocios que haríamos juntos, si ella quería, diciéndole que tenía que hacer todo lo que le pidieran, si se le ponía el precio, etc. En fin, un prefacio delicioso a un pequeño trato de blancas. Todo estaba casi convenido, ella debía reflexionar, decidirse a dejar a su señor (no tenía más que ocho días de vivir con él), debíamos vernos de nuevo a los dos días, el domingo, en un cuarto que tiene en la calle Zacharie, en un sucio hotel. Fui a buscarla, la esperé una hora. Nadie. Pequeña pilla. Habrá olvidado nuestra cita. La busqué después cada tarde en el Luxemburgo, en donde creí que iba de vez en cuando por las tardes. Nadie. Vive en la calle Burque, pero no sé en qué número. Habría marchado bien, ella es joven, nada abismada ni desconfiada. La habría quizá hecho una ramera apreciable y una criatura fácil a mi placer difícil.

Sin duda, todo lo anterior no es nada bonito. Me pregunto, si leyera lo que precede, si estaría fuertemente impresionado y aún más. Ya que en eso encuentro placer (teoría y práctica). ¡El placer antes que nada! Eso siempre me ha interesado, y es en mí como una necesidad irresistible cada vez que hablo con una mujer.

Domingo 22 de mayo. Comprobé todavía la otra mañana cómo aparento más edad de la que tengo. Ciertos días parezco tener treinta y seis, treinta y ocho años. Cada vez más, mi carácter es el mismo —y en buena hora—, nunca tuve más juventud. Me acuerdo de los 11 años, en la calle Condé, en la calle Feuillantine y en la calle Bonaparte, de 1897 a 1900, más o menos. Cómo era ya un viejo, cómo tenía tan poca noción del porvenir, del “futuro”, tanto, que creía que había vivido incluso más de lo que me quedaba por vivir. Lo que me salvó fue mi extrema sensibilidad y mi gran amor hacia mí. Sin eso, todos esos años de reflexión, de análisis solitarios (todavía los tengo), me hubieran sido completamente inútiles. Mientras que, por el contrario, llegué a una enorme independencia de espíritu y de juicio.

De todas formas perdí en buena hora la locura de la juventud, y ahora me encuentro más replegado de lo que convendría. Soñaba la otra mañana en las causas de esta madurez

moral. Nunca me apegué mucho a los libros de *entusiasmo*, a los libros meramente líricos, casi podría decir que nunca leí los libros que lee toda gente joven. Leía a Tinan. Sé muy bien que en Tinan hay ironía, y ¿No es un poco menos de juventud, la ironía? Los libros de fe también me han aburrido siempre. Me inclinaba por los libros en donde el autor dice: yo, y se cuenta, pues son raramente libros de gente joven. Creo que *The Small Friend*, si se toman en cuenta ciertos hechos que ahí se encuentran, es una cierta excepción, ya que venían de un hombre joven, eso, lo repito, fuera de todo valor literario, únicamente en cuanto a los hechos.

Hay mucho también de la manera en que fui educado, de toda la soledad de mi adolescencia, de mi primera juventud, de la dificultad en mí de encontrar gente que me guste. Pasé diez años leyendo, removiendo ideas literarias, aprendiendo a escribir, a buscarme, a reflexionar, sin tener a alguien con quien hablar de literatura, y ahora que conozco algunas personas, sus gustos, sus ideas, sus preferencias, son tan diferentes a las mías . . . , que mi situación es más o menos la misma. Sé también cuáles son los libros que más me han tocado o gustado, y eso solamente porque me identificaba un poco, ya sea por la atmósfera, sea por la sensibilidad, por las ideas, y digo que me identifico porque en realidad ningún libro me ha influenciado, a causa del gusto tan pronunciado por mí mismo.

Libros como *Las flores del mal*, como *Les Souvenirs* de Renan, como *Les Journeaux* y *La Correspondance* de Stendhal, como la *Graindorge* de Taine. Tengo razón cuando digo que ningún libro me ha influenciado. No había, por así decirlo, leído a Stendhal cuando comencé en el Mercurio, ya que sólo conocía sus novelas, y prefiero mucho más el *Bru-lard*, *Los recuerdos del egotismo* y la *Correspondencia* que no leí sino tres o cuatro años más tarde. Ya tenía entonces el gusto por la sequedad, la autenticidad, a tal punto que Vallette, tan flaubertista, me repetía sin cesar que desconfiara. Simplemente perfeccioné lo que ya tenía en mí y pasé mucho tiempo sin atreverme a ser yo. Aun cuando escribí *Le Petit Ami*, no había logrado atreverme a ser yo. Ahora si no es una decena de libros, y únicamente por el placer, podría muy bien abstenerme de ellos.

Hay también como causas de esta madurez ciertos hechos de mi vida. Es cierto que si hubiera visto morir a Fanny, que si hubiera vuelto a ver a mi madre, y que si hubiera visto morir a mi padre, cuando tenía dieciocho o veinte años, no hubieran dejado tan profunda huella en mí como lo han hecho. Era entonces un poco ligero, un poco desprovisto de reflexión, pero la muerte de Fanny, la entrevista con mi madre y la muerte de mi padre, todo tan seguido, me llegó cuando tenía 29 años, 30 y 31. Estaba en plena transformación moral; era como una tierra recientemente removida, y lo que estos tres incidentes desprendían de emoción, de vida, etc., entraron en mí sin pena y se marcaron sin embargo más profundamente. Todas las reflexiones que no hubiera hecho a los 20 años las hice entonces, y con qué agudeza, a causa del estado moral en que me encontraba, sin darme cuenta entonces de la coincidencia que ahora veo. Acababa de leer todo Stendhal, acababa de reflexionar intensamente sobre mis lecturas, comenzaba a encontrarme, me venía un gusto por mis ideas, una indiferencia por las ideas de los otros, perdía la parálisis que es la admiración, etc. Entonces llegan por encima tres hechos vívidos, ¡y de qué vida, caramba! Mi pobre Fanny, esta madre adorada y este hombre muerto tan espantosamente. Sí, es de todo este conjunto que yo salí.

En fin, hay también un poco este parecido de cara con mi padre. Hasta ahora no lo había notado, porque lo conocí ya grande, cuando tenía 38 años, cuando nació, pongamos doce o quince años para la edad en que pude observar. Tenía entonces 53 años.

Sábado 11 de junio. Valéry vino a verme esta tarde para saber mi respuesta a la carta que me escribió, hace dos o tres días, para preguntarme si podía reemplazarlo junto con M. Lebey durante quince días (un periódico militar que tenía que hacer). Hablamos de muchas cosas. Vino muchos domingos a verme. Una vez vino a buscarme para llevarme con Huysmans. Me habló del folleto Régnier. "Una frase me encolerizó", me dijo. Busqué delante de él cuál era. Se explicó, diciendo que era la relativa a la fidelidad de Régnier a Mallarmé. En efecto, había olvidado un poco lo que Valéry me dijo en otra ocasión de la desertación de Régnier, partiendo para no volver, jalando detrás de él a otros, casi los últimos leales, y la gran desolación que significó para Mallarmé. Le dije a Valéry cuánto me pesaba, en cuanto a un punto tan importante, tener tan poca memoria, porque no hubiera dudado en decir la verdad. ¡Si al menos Valéry me hubiese escrito cuando se publicó la noticia en el Mercurio! No se acuerda si es en el Mercurio o en el folleto que la leyó. Como estilo, el folleto le gusta. Dijo esto: "Filoso", lo que para él quiere decir duro, casi brutal, un poco militar. Huysmans la leyó. El pasaje Régnier-Mallarmé le pareció una enorme ironía y se divirtió.

Hablamos de Schwob. Valéry expresó estas palabras muy justas pero además exquisitas: "Cuando pienso en Schwob tengo ganas de decir siempre: señor Marcel Schwob, experto." Lo pondré en mi nota.

1905

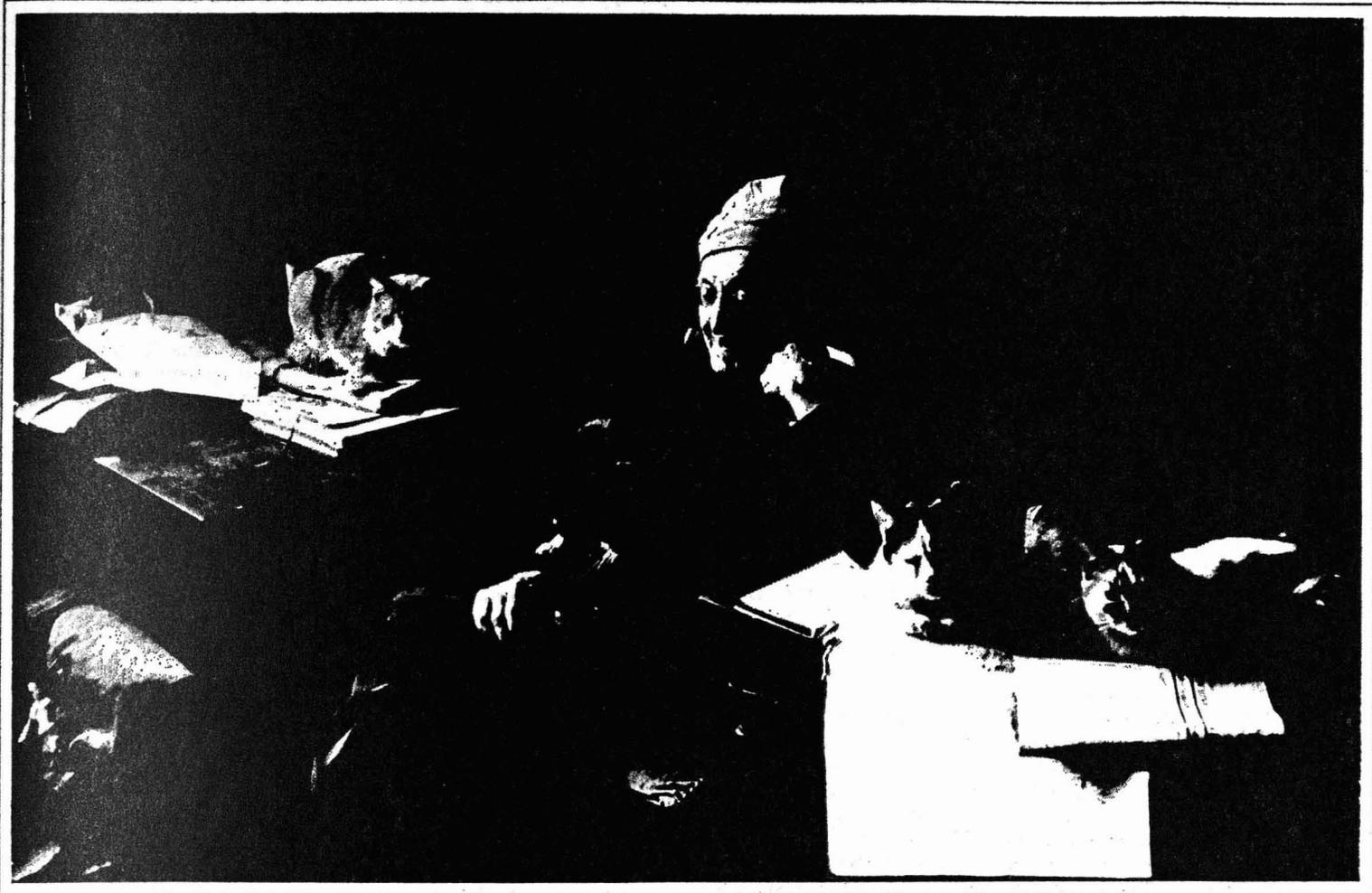
20 de mayo. No es verdaderamente sino en los momentos de sentimientos vivos. En individuos, sentimientos y obras, no cuenta más que lo excesivo.

31 de mayo. Ser el hombre de su corazón, decía Chamfort. Ser el hombre de su espíritu, diría yo también. Los dos hacen uno solo. Tal vez Chamfort tiene palabras, expresiones que son totalmente modernas. Está hecho a la medida de nuestra sensibilidad actual. Cómo es bueno esponjar la vida. Hay algo de Chamfort en algunos escritores jóvenes actuales.

Viernes 2 de junio. No debo tener ningún escrúpulo al escribir mis historias personales. Por ejemplo, la muerte de mi padre, —encuentros con mujeres—, otros encuentros, etc., etc. ¿Tengo que inquietarme por gustar o disgustar? Nada más raro que los libros en donde un hombre se cuenta. No es por esta razón que deba contarme, pero ya que soy invenciblemente dado a contarme y no me gusta más que eso, tengo aún más razones para no dejarme llevar por esta consideración que me podría enfadar o chocar.

1907

Jueves 4 de abril. No he vivido sino para escribir. No he sentido, visto, entendido las cosas, los sentimientos, las personas, sino para escribir. He preferido eso al bienestar material, a las reputaciones fáciles. Aún por eso he sacrificado a menudo el placer del momento, mis más secretos bienestares y afecciones, aún el bienestar de algunos seres, y delante de su tristeza no he retrocedido para escribir lo que me daba placer escribir. De todo eso guardo un profundo bienestar.



1909

Sábado 18 de diciembre. Esta mañana Gide vino a ver a Vallette, quien había puesto en mi buzón una carta que había recibido de él antes de su llegada, y en la que le preguntaba quién había escrito "este excelente análisis de *La Porte Etroite*". Vallette creyó que se trataba de un análisis irónico. Inmediatamente le preguntó a Morisse, quien lo tranquilizó y se lo hizo leer. Al salir de casa de Vallette, Gide me lo agradeció afectuosamente. Como le dije: "No soy hábil para hacer cumplidos a la gente. El *Bulletin de Nouveautés* me proporciona algunas veces el medio sin que le cueste a mi timidez." Gide me dijo que estaba tan sorprendido que sentía que una cierta parte de su libro me era antipática. Se lo confesé, pero le dije que eso no me impedía sentir toda su belleza. Nos repitió lo que ya me ha dicho en cuanto a que *La Porte Etroite* viene, como concepción, inmediatamente después de *Los Cuadernos* de André Walter, pero que entonces no se sentía capaz de escribirlo, que había madurado y conservado en él el tema, que hacía tres años que lo trabajaba, y que también había partes de su heroína de las que se alejaba. A lo que Morisse le objetó que de cualquier manera hay un parecido entre Alissa y él. Gide respondió: "¡Claro! Cuando pongo un personaje en escena, termino amándolo. Si mañana escribiera una novela con un asesino, terminaría igualmente amándolo. Me conmo-

vería, me interesaría, sería como él. Es evidente que se nos juzga mal con los libros que uno escribe."

1913

Miércoles 9 de junio. Esta tarde comí en casa de Apollinaire. Él y Marie Laurecin vinieron a buscarme al Mercurio. Juntos llevamos el paté a mis gatos de Luxemburgo, y luego compramos una tarta de fresas en la Place Médicis. Enseguida fuimos a casa de Apollinaire, en el No. 202 del Boulevard de Saint-Germain, después de haber encargado las provisiones en una frutería de la calle de Saint-Peres. Curioso apartamento el de Apollinaire, en el último piso de una vieja casa. Una pequeña escalera interior conduce a una terraza y a su recámara, semejante a una linterna, es decir, una sola pieza en forma de cubo, instalada sobre el techo, como hay en ciertas casas viejas. La gata Pipe, negra y blanca, familiar y juguetona. La pintura de Marie Laurecin. La cena comienza con un arroz a la parmesana y al azafrán, que no me gusta. El café olvidado. Es necesario que Apollinaire baje de nuevo. Curioso, un tanto misterioso como personaje. Siento por él, como por Billy, una gran simpatía. Sin embargo algunas veces me parece que tiene un cierto lado de aventurero, de equivoco. El otro día me confesó que a pesar de tener necesidad de conocer mucho a la gente, todavía no se sentía libre conmigo. No obstante, sé

que es inteligente, husmeador, secreto, y conozco sus libros llenos de rarezas, como una costumbre en él, por ser tan cosmopolita. Se lo dije una vez, hace tiempo, cuando publicó *L'Herésiarque*: "Es con todo eso que usted hace sus libros." Se defendió diciendo que quería ser él mismo, sobretodo en sus versos.

Es un hombre muy sencillo y sin presunciones, estando en su casa, sin corbata, ayuda a Marie Laurecin en la cocina y en la mesa.

Ciertamente tengo una simpatía muy grande por Apollinaire. Me gusta como hombre y como escritor. Es bastante curioso como poeta, y su *Vie Anecdotique*, publicada en el Mercurio, es de un estilo sencillo y extremadamente fino. ¡Qué personaje tan singular! Se le siente pleno de interior. Wilhelm Apollinaris de Kostrowitzky. ¿De dónde viene, qué ha hecho, qué piensa, qué hace, qué acciones, qué costumbres, qué sentimientos? Me lo digo riendo: ¡me gusta tanto no saberlo! Billy dice que sobretodo es un débil, que puede dejarse llevar por lo que sea.

1914

Sábado 7 de marzo. Apollinaire envía sus testigos a un pintor que dirigió una carta al periódico en la que lo acusa de mala fé a propósito de sus críticas de *Salons* en *L'Intransigeant*. Billy es uno de sus testigos y nos contaba esta mañana de un duelo que casi se llevó a cabo entre Apollinaire y Max Doireaux, hace una decena de años.

Apollinaire había apelado como testigos a Max Jacob y a Jean de Mitty. Max Jacob llevó, para la circunstancia, el sombrero alto de Picasso, quien había pintado su nombre con letras grandes en el fondo del sombrero: *Picasso*, lo que no notó al principio Max Jacob. Los testigos llegan a casa de Max Doireaux. El sirviente los recibe y se queda con ellos por un momento, mientras espera a su amo. Max Jacob tenía su sombrero en la mano. El sirviente miraba insistentemente el fondo de este sombrero, Max Jacob bajó la mirada, y fue hasta entonces que vio el nombre pintado tan visiblemente. Uno de los testigos de Max Doireaux era un noble cualquiera, algo así como M. de Saint-Gratien. Cuando oyó el nombre, Mitty creyó tener la oportunidad de hacerse de una buena relación. Tomó su postura más seductora y se dirigió a este señor; "Monsieur de Saint-Gratien, conocí muy bien a un miembro de su familia en Isère . . ." — "Señor, le contestó el otro con altivez, tengo familia por toda Francia, excepto en Isère". Max Jacob ya no era rico, y tampoco Apollinaire. El primero recibió del segundo cincuenta centavos como pago por sus servicios.

1918

Lunes 11 de noviembre. Al llegar esta mañana al Mercurio, Vallette me comunicó la muerte de Apollinaire, acontecida el sábado, antier, a las seis de la tarde, después de alrededor de una semana de enfermedad. Fiebre intestinal complicada con congestión pulmonar. Me aterró. Pierdo un amigo que adoraba como hombre y como escritor. Estaba destinado a ser alguien. Había visto en él de inmediato al verdadero poeta, extremadamente particular y evocador en *La Chanson du Mal Aimé*, que hace algunos años hice que el Mercurio aceptara sin la lectura habitual. Lo había encontrado el día anterior por la tarde en el Boulevard de Montparnasse, cuando paseaba a mis perros. Dimos muchos paseos juntos. Le había preguntado por qué no enviaba nada al Mercurio. Me respondió que hacía

tiempo que había enviado versos, pero que no había noticias. Al día siguiente por la mañana tuve el placer de dárselas. Debí notarlo en aquella época. Todavía hace cinco o seis días hablabamos de eso, y reconocía que yo no había esperado a que tuviera una pequeña reputación para reconocer su gran talento.

1928

Viernes 15 de junio. En la tarde me visitó André Malraux, después de la carta que me escribió. Se trata de esto: va a ocuparse, con Gallimard, de la publicación de una colección. Los principales escritores franceses comentados por un escritor de hoy, una especie de historia de la literatura francesa al revés de las que estamos acostumbrados a ver. Me propone hacer a Chamfort, cuatro o cinco páginas, cien francos la página. Primero opuse mi falta de tiempo, los compromisos que tengo atrasados. Si decía que sí, sería un compromiso más y dos descontentos: él y yo. Me defendí enseguida, diciendo que soy incapaz de escribir algo sobre Chamfort, a menos de volver a decir todo lo que ya se ha dicho, procesado a la moda. Dije: "Se ha dicho por ejemplo que todo lo que ha escrito Chamfort ha estado influenciado por la sífilis que tuvo. ¿Qué más quiere que se diga? A menos de hacerle al pedante . . ." Malraux me dice: "Es Gourmont quien dijo eso, ¿no es cierto?, en su introducción al volumen de *Las más bellas páginas*. Ha debido aún pensar en él cuando escribió eso. También lo que Gourmont escribió estuvo influenciado por un accidente físico que lo obligó a llevar una cierta vida . . . Hay ahí casi un reflejo autobiográfico."

Malraux me muestra entonces la lista de los nombres para los dos primeros volúmenes, desde Villon, alrededor, hasta la mitad del siglo XVIII. Evidentemente la idea no está mal. Podría salir un conjunto curioso.

Me dice: "¿Tiene usted alguien que me indique para La Fontaine? Se lo habíamos pedido a Jammes, pero hubo que renunciar a causa de las pretensiones que tenía: pedía 650 francos por página . . ."

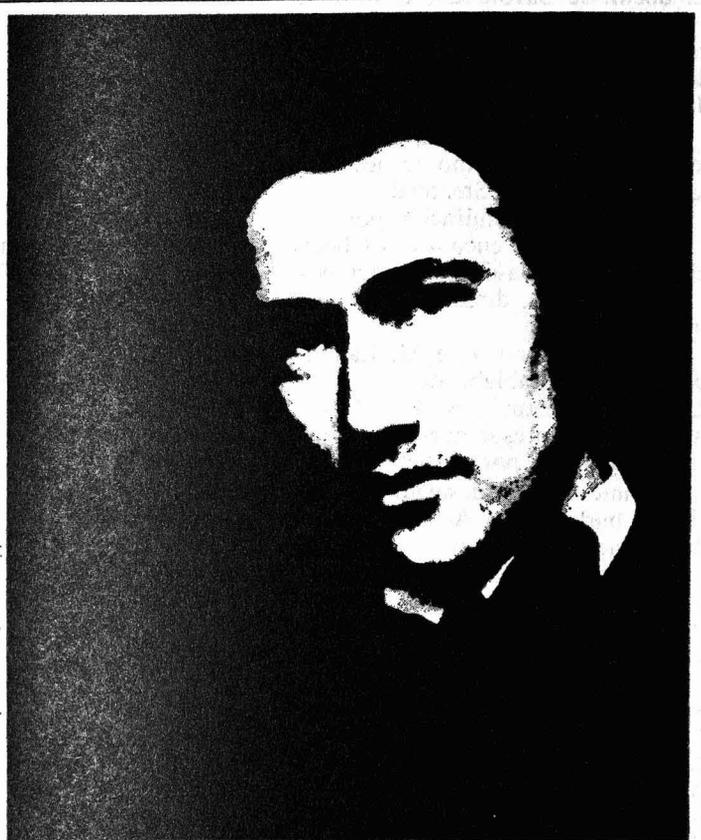
Pobre Jammes, ahí se ve su infatuación, su necedad, como dice Vallette.

Malraux me dijo que tuvo una feliz sorpresa al ocuparse de este asunto: el desinterés que encontró en todos los escritores a los que se dirigió. No se encontró más que dos que primero le preguntaron cuánto se les daría (no me dijo cuáles y no me atreví a preguntárselo). Los demás no se fijaron en eso y esperaron a que les hablara, pero Malraux no se esperaba a dar esta contestación.

Me ofreció examinar las listas por si otro escritor me interesaba más que Chamfort. Le dije que no, que si aceptaba me gustaría tomar más a un escritor que me fuera familiar. Me dijo que esa fue la razón por lo cual me propuso a Chamfort. Le dije: "Y Stendhal, ¿no lo ponen? Si se lo pidiera . . ." Está en el tercer volumen, pero entonces le pediría 30 páginas. Usted comprende, el número de páginas que pedimos está en relación a la importancia del escritor, al alcance de su obra. Meteremos a Balzac, que tendrá quizá cincuenta páginas. Diderot tendrá quizá treinta páginas también."

Reclamé sobre las treinta páginas de Stendhal, ya que sería, al menos para mí, volver a repetir también lo que ya se ha dicho de él. Expliqué que tendría cosas que decir sobre Stendhal, que he tomado varias notas, pero treinta páginas . . .

Finalmente convenimos en que iba a reflexionar en cuanto a Chamfort y que le daría una respuesta a los ocho días. Mi respuesta será negativa, lo sé desde ahora, sería una locura



Marcel Schwob

agregar este trabajo, aunque sea tan pequeño, a todo el trabajo que ya tengo. Diré que no lo haré, será una preocupación menos.

André Malraux, hombre muy joven, alrededor de treinta años, de aire muy inteligente, de espíritu muy vivo, no habla para no decir nada, y no hace cumplidos simples.

1936

Miércoles 15 de enero. Siempre he estado interesado por Van Gogh —el hombre— conozco poco su pintura y además no presumo de ser buen juez. No tengo más que el placer o la emoción que experimento o no. Juzgo como un escritor, la manera más falsa de juzgar, según Valéry, que me lo dijo una vez. Recuerdo con qué interés leía yo las cartas que Emile Bernard publicó hace algún tiempo en el Mercurio. Todos los detalles biográficos que encontraba los leía cuidadosamente. Vino hoy al Mercurio, en doble ejemplar, un folleto sobre Van Gogh: Doctor Joachim Beer, *Ensayo sobre las relaciones del arte y la enfermedad de Vincent Van Gogh*. Me llevé uno que leí ayer en la noche y de nuevo esta noche. La parte médica se me escapa un poco. Los detalles biográficos me afectan profundamente. También esta belleza que siempre encuentro en la asociación del genio y la pobreza, de la pobreza y de la bondad, de un cierto valor del alma y de la hostilidad de su tiempo. Auriol es nombrado en este folleto entre los que han conocido a Van Gogh. Cuando venga a verme al Mercurio para preguntarme las novedades, será necesario que lo haga hablar. Evidentemente Van Gogh estaba loco, ciertos actos suyos lo prueban abundantemente. Si lo hubiera conocido, lo habría quizá dejado a un lado, pero qué tratos, ante cuya memoria hay por qué quitarse el sombrero, aun cuando eso haya que ponerlo un poco a cuenta de la locura, pues se trata de una locura generosa, entonces. Copio los dos puntos siguientes del folleto. El primero se refiere a los tiempos en que Van Gogh vivía en medio de mineros. Hubo en ese tiempo una explosión catastrófica. Los médicos socorrían a los heridos considerados como viables, pero abandonaban a su sufrimiento a los que debían morir. Uno de esos gemía, la figura inundada de sangre. Vincent veló todo un mes en su cabecera, lavando sus llagas, “rogándole vivir”. Se alivió, y antes de dejar Bélgica, delante de este hombre que llevaba cicatrices sobre su frente, tuve, dijo, la visión del Cristo resucitado. Lo lamentable aquí es el mal estilo. No se sabe quién de los dos se expresó así: el minero o Van Gogh. Me burlo del resto de la alusión a Cristo. No es eso lo que me emociona.

El segundo se refiere a una estancia de Van Gogh en París. Diciembre 1887. Una calle de París, un peatón friolento, raro por su atavío ridículo, piel de cabra, boina de piel, la barba rusa erizada, las manos blancas y armoniosas, el ojo claro... Así lo describió Gauguin, que lo vio entrar apresuradamente con un comerciante de vieja chatarra y cuadros pintados al óleo a buen precio.

—Es una pequeña naturaleza muerta, camarones rosas sobre un papel rosa...

—¡Dios mío! La clientela se vuelve difícil, y luego su pintura no es divertida... En fin, ahí tiene cinco francos.

El pobre artista tomó la pieza sin murmurar, agradeció y salió. Penosamente retoma la calle. Al llegar cerca de su vivienda, una limosnera (sic) sonríe al pintor. La bella mano blanca sale del abrigo y la pieza de cinco francos se vuelve propiedad de la limosnera.

Los camarones rosas. El autor agrega que habría que dar

ahora centenas de miles de francos por una naturaleza muerta de este género de Van Gogh.

1938

Viernes 10 de abril. Hace mucho tiempo que tengo esta opinión, desde mi juventud, y no sé si alguna vez la he anotado: un escritor no debe tener diccionario. Toda búsqueda de una palabra, aun cuando se tenga necesidad, es un atentado contra lo natural. Se debe escribir con las palabras que se conocen, que se tienen en la cabeza, que nos llegan naturalmente.

Mme. Fernande Olivier me visita. Le pregunto si es cierto que Picasso, al comparecer junto con Apollinaire ante el juez de instrucción, a propósito de la estatua robada al Louvre, negó conocer a Apollinaire, a pesar de las afirmaciones de éste en cuanto a sus relaciones. Me dijo que era completamente falso, que por el contrario, se habían abrazado llorando. Cuando le dije que lo había sabido por Serge Ferat, me dijo que no había que tenerle mucha confianza, que era un ruso, mentiroso como todos, que odiaba a muerte a Picasso porque le había quitado una amante, que Picasso fue a menudo a ver a Apollinaire a la Santé, mientras que él, Serge, no fue una sola vez.

Me regaló una bonita boina de seda verde, como las que usan los gondoleros de Venecia, traída de allá por Roger Karl.

1939

Domingo 30 de abril. Hoy desayuné con Valéry en la *Vallé au Loups*. Otros invitados: el doctor Debré, comensal habitual, un tal M. Laugier, profesor de filosofía en *Arts et Maitiers*, alumno del siniestro vivisector Lapique, "mi maestro", dice, probablemente también vivisector, que fue jefe de gabinete en un tal Ministerio Blum, en la Justicia; Mme Batault, y otras damas de quienes no retuve el nombre.

Valéry encantador como siempre. Pasó el tiempo conversando conmigo, excepto durante el desayuno, en donde estuvimos sentados bastante lejos el uno del otro. Pero qué viejo señor, que semblante asolado y aruinado. Aun por momentos con oscilaciones de cabeza. Hablamos de nuestra edad, de la vejez, solamente tiene tres meses más que yo. Le hablé de lo terrible que es envejecer, y le preguntaba si él no se sentía afectado por eso. No comprendió mi pregunta más que físicamente y me respondió: "No me hable de eso. Constató sus efectos. Hace todavía algún tiempo, por la mañana, después de haber tomado el café, podía ir a pasear o ponerme a trabajar. Ahora me quedo ahí..." e imitaba la pose de un hombre que se queda aconchado, esperando a que las fuerzas le lleguen. Le dije que a mí no me pasaba eso, que era moralmente como me sentía afectado, que encuentro terrible el verme al borde del abismo.

Me dijo entonces: "No me hable de eso. Nunca me miro en un espejo, excepto para rasurarme."

Siempre fuma como un rabioso, una cajetilla al día, y él mismo hace sus cigarrillos. Primero sacó de su bolsillo un pequeño estuche de cartón, entablado, con cigarros hechos, me ofreció uno. Dije: "No, tengo mi tabaco." Metió de nuevo el estuche en su bolsillo, sacó de otro paquete de tabaco, un cuaderno de papel y se puso a hacer un cigarrillo. Golpeando el estuche bajo su bolsillo: "este es para los otros".

Sacó de su bolsillo una caja de ampollitas. Me dijo que estaba enfermo de diabetes. "Usted ve, llevo esto conmigo. El doctor me inyectará enseguida."

El doctor le Savoureux, él mismo, lo encuentra envejecido: "sobretudo desde hace dos años", dijo. Le pregunté si era cierto que uno envejecía de pronto, así, de manera sorprendente, y a qué se debía eso. Me respondió: "No se sabe. El caso de Valéry es ciertamente a causa de su diabetes."

Ha conservado la memoria. Se acuerda muy bien de lo que le conté, antaño, como recadero: que fue él quien me hizo leer el *Brulard* de Stendhal.

Está lleno de admiración por Réstif de la Bretonne, Pigault Lebrun, de quien encontró los bocetos en una casa de provincia, en donde pasó sus vacaciones. Los encuentra llenos de rasgos naturales, directos, muy distintos a Balzac, mucho más instructivos.

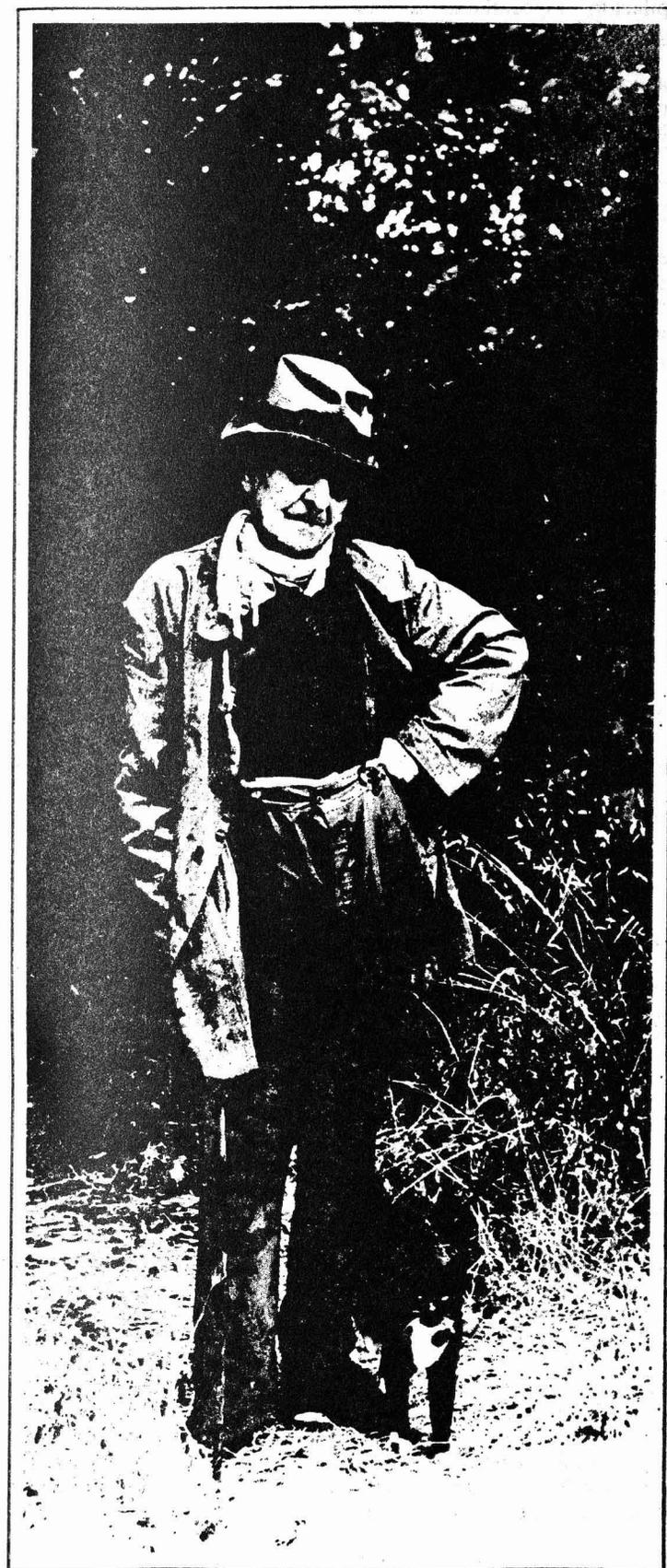
En el desayuno, este M. Laugier expresaba su admiración por Péguy, y hablaba de la admirable manera en que lo lee León Blum, estuvimos de acuerdo los dos, cada uno en su lugar, para expresar nuestro elogio, podría casi escribir: nuestra repugnancia por el dicho Péguy.

Durante todo el desayuno estuvo lleno de humor, de malicia, de burla por la Academia y por él mismo. Como Laugier decía que estaría muy avergonzado de nombrar a todos los miembros de la Academia, se puso a nombrarlos a todos juntos: los militares... los historiadores... los diplomáticos... los marinos... los curas... los novelistas... un médico: George Duhamel; los sabios: Picard y Broglie. Una dama se puso a decirle que debe ser un medio muy impositivo, muy solemne. Habría que ver la malicia dibujada en su rostro: "¡Pero no! Uno se hace de ideas falsas sobre eso, como sobre todo lo demás. Le aseguro... no es nada de eso." Otra dama, más o menos rusa, se puso a hacerle cumplidos a causa de la manera en que habló recientemente de Pushkin. Explicó que lo había dicho inocentemente, ya que ignoraba el ruso, y que jamás había leído nada de Pushkin. "Es como con Goethe, no conozco el alemán, estuvo a la buena de dios, a la buena ventura." Esto me hizo decirle, desde el otro extremo de la mesa, en donde me encontraba, que quizá era el mejor medio de tratar bien un tema, cuando no se conoce bastante: el espíritu no está embarazado, limitado, dominado, y puede brillar naturalmente.

También contó esto, que es delicioso. Estaba en el extranjero (no retuve el lugar), una dama de sociedad había ofrecido una cena en su honor. Era domingo. A la hora del café, ve a la dama que se le acerca con un álbum: "Ahí está, me dije, el trancazo del álbum. Va a ser necesario que pague mi cena. Escribí: los pensamientos están cerrados los domingos."

El doctor Savoureux se puso a hablar un momento sobre la *Académie Goncourt*, y a decir que soy el candidato perfecto para tener el puesto, que deberíamos ocuparnos de eso para lograrlo. Valéry exclamó: "Qué buena idea. Si nos ocupáramos de eso." De inmediato paré estos propósitos, declarando que ese asunto no me interesaba para nada. Lo que no me impidió decir que la *Académie Française* está mejor compuesta que la *Académie Goncourt*, en donde se encuentran, desde hace algunos años, gente de la que uno se pregunta qué hace ahí. Valéry pronunció el nombre de Laruier, con desdén. Lo mismo en cuanto a Ajalbert.

Me habló de la existencia que tiene, una vida de presidario, escribiendo por encargo, sobre los temas más inverosímiles. Por ejemplo, se le encargó un trabajo sobre el pensamiento francés, en doce páginas, no más. "¡El pensamiento francés en doce páginas, ustedes creen eso! Nada más citando los nombres llevaría estas doce páginas. Entonces renunció a citar nombres. Todo lo que escribo es así, todo lo que se encuentra



en mi volumen *Variété* ha sido escrito igual.” Reclamé diciéndole que ahí se encuentran partes maravillosas, que *Le Preface aux Lettres Persane*, por ejemplo, es un hallazgo, como el *Stendhal*, —convino en que no está mal en efecto— y que es quizá bueno que haya estado forzado algunas veces para escribir, que eso lo ha hecho escribir excelentes cosas. Entonces me dice, a propósito de la vida que tiene; “Yo compuse mi epitafio, mi estimado: ‘Valéry, muerto por los otros’... Definitivamente es eso: muerto por los otros. Lo anoté en mis papeles. No sé si eso sea posible... Usted es un jurista...” (alusión a mi juventud como empleado de la procuraduría judicial). Le digo: “Pero usted no tiene más que escribir eso en su testamento. Se verán obligados de ejecutarlo según su voluntad.” “Tendré que pensarlo”, dijo.

Tiene “un horror sin límites” por los cazadores y los pescadores: “No puedo soportarlos.”

Se fotografió la reunión, naturalmente, en grupo, dos o tres veces. Durante un paseo por el parque, el doctor Savoureaux nos fotografió, a Valéry y a mí solos.

Valéry un poco más bajito que yo, lo que había olvidado, y ya un poco encorvado. Sus cabellos largos y blancos, su bigote completamente blanco, su rostro tan marcado: totalmente un viejo señor, pero qué encanto de sencillez, de camaradería, de conversación cordial, burlona. El doctor Savoureaux me dice que no es el mismo en el mundo social, que enmudece.

Como hablábamos del pasado, Valéry me dijo: “No escribí nada, no tomé una sola nota, ningún recuerdo.” Me pareció que lo decía con cierta expresión de lamento.

A mi llegada, cuando nos dijimos buenos días, me dijo: “Leí su crónica esta mañana, antes de salir. Me dije: hay que leerlo para poder hacerle cumplidos.” Encantadora amabilidad de su parte, que tomé como eso, nada más.

Como hablábamos de la *Nouvelle Revue Française*, me preguntó lo que me pasó cuando le dije que vi levantarse recientemente a todos los judíos de la casa en contra mía, y tuvo estas palabras: “Usted tiene un vecino... ¡Suarés!...”, con una expresión de desprecio.

Partió a las cuatro, en coche, con M. Laugier y una dama que acompañaba éste y que había traído. Yo partí a las cinco. El doctor Savoureaux me repitió una frase de Valéry, refiriéndose a mí, cuando decía que piensa que soy perverso: “Léautaud no es perverso, es malvado.”

1941

Jueves 2 de enero. No me moví. Esta mañana hubo cerca de 40 centímetros de nieve en Fontenay, ningún coche, el riesgo de resbalar y caerme, nunca se sabe de qué manera.

Nada de comer, ni siquiera pan. Hice sopa con viejas costuras y mantequilla. Sardinas, a las que les tengo pavor.

Todo el día, aún por la noche, el viento soplando, entrando por todos lados a esta casucha de pabellón, pasé mi tiempo temblando de frío, a pesar de mi ropa, las manos congeladas, a pesar de mis idas y venidas. Y sin embargo no puedo acostarme a las ocho de la noche.

¡Qué bufonerías las democracias! La voluntad de los pueblos.

¡La verdad! Estamos, nosotros los franceses (al menos los de la Francia ocupada), encerrados sin saber nada de lo que pasa, que es mejor, no teniendo sino la mentira, el silencio de los periódicos. Y es lo mismo en Italia, en Alemania, en Inglaterra (¿quizá menos en Inglaterra?).

Qué cambio en los tiempos de Luis XIV, cuando los bur-

gueses debían decirse durante una guerra: "Se dice que el Rey...?"

Tengo las piernas congeladas. No hay medio de quedarse a escribir.

Jueves 6 de febrero. En *La France au Travail* de hoy, un documento muy bello, muy representativo de nuestra época. Rompí el periódico por descuido, desafortunadamente, ya que debería conservarse. La carta de una lectora diciendo que la mujer está lista para quedarse en el hogar (es uno de los barcos demagógicos en curso desde hace algún tiempo), a condición de que se le retribuya por el trabajo que cumplirá en el interior. Así, una mujer que atenderá su quehacer, que retomará la ropa de su marido, que educará a sus hijos, que reemplazará en una palabra todos sus deberes de esposa, se le deberá pagar un salario como a una empleada. Ya se les paga a las gentes, que bajo el nombre de desempleados, no hacen nada. Pronto se les pagará a las gentes que trabajan para que trabajen bien. Es cierto que se obliga a las personas solteras o amas de casa sin hijos a tener un salario por entretener a los hijos de las personas que procrearon como conejos.

No hay razón para pararse en esta vía. Habrá que pagar quizá algún día para tener el derecho de ocuparse de las cosas del espíritu; un cavador o un cinquero, representando un ciudadano más útil.

1944

Martes 10. de febrero. Pensaba en Apollinaire esta tarde, en el metro, cuando regresaba de mis cursos. No, no es un gran poeta, es un poeta menor. Sus versos son pintorescos, tienen un encanto, una emoción, una cierta rareza, un vagabundeo muy colorido, un gran don de evocación; pero su poesía se limita a él mismo. Un gran poeta es el hombre de grandes sueños, de grandes esperanzas, de grandes evocaciones, de vastos paisajes, de una humanidad general, en donde todo hombre pueda reencontrarse a su vez. Lamartine no me interesa. Hugo me es antipático en extremo. El hombre y la obra es, quizá, Verlaine, en ciertas partes.

En cuanto al resto de la literatura actual, nada es grande. Es una literatura pequeña. Los últimos escritores grandes —no hay duda en cuanto a mi gusto— han sido Flaubert, Gourmont, Zola.

Toda la literatura consiste quizá en esto: el don de evocación. Lo que empequeñece un poco a Balzac es un lado en él, Eugene Suë, frecuente en su obra.

Estamos lejos de los siglos XVII y XVIII. Parece que Francia se ha hecho pequeña en todo: pequeña literatura, pequeña política, pequeños hombres políticos, pequeñas artes (hombres como el escultor Maillat, como el pintor Matisse, que se les tiene tan alto; al primero con sus mujeres mal construidas, con enormes tobillos sin gracia, sin nada que pueda despertar la representación de desnudos femeninos; al segundo con su pintura chillona como un cromó, y su desdén, ciertamente voluntario, lo que es bien estúpido en el dibujo. Algún día serán puestos en su verdadero lugar), pequeña sociedad, pequeño pueblo, pequeñas costumbres, —la provincia de Europa, ya lo he dicho más de una vez. Es lo que tal vez haya traído este descenso de valores, como una especie de consolación, esta manera de calificar grandes a éste y a aquel, que en realidad no lo son. El que se cree ahora un gran escritor es todavía muy pequeño.

Otra anotación que se puede agregar: la literatura de com-

pilación, especialidad de nuestra época, literatura para las gentes que no saben nada. He ahí la democracia.

Quizá me equivoco al concluir así. La verdadera razón es la anemia de un país, de una nación. Los regímenes dictatoriales nunca han favorecido las letras. Ejemplo: el reinado de Napoleón y la Alemania después de 1870.

Otra prueba de esta clase de decadencia de escritores franceses, es el regreso, en muchos, al amaneramiento, que siempre ha sido lo opuesto en fuerza a la salud.

Regreso a mi conclusión: democracia. Por su influencia, sus efectos, en el espíritu: vulgaridad, pretensiones, vanidad de un saber pequeño, idea de ganancia, cambio de temas, falta de "raza". La invención de la "literatura populista" dice mucho al respecto. Es la pareja, en literatura, de los famosos "Museos de la tarde".

1946

Lunes 30 de septiembre. Tengo a Guillaume Apollinaire por el último poeta sensible. No encuentro otra palabra para expresarme, y espero que se entienda lo que quiero decir con esto. En la poesía actual no hay más que el juego premeditado, querido, aplicado, de un vocabulario desprovisto de significación y de motivos estructurados de una manera, que si bien fuera completamente otra, tendría el mismo resultado bárbaro. Es cierto que muchos de estos poetas nuevos descienden de Apollinaire, y es un poco a él que se los debemos, lo que pocos de entre ellos reconocen. Su poesía no es más que superficie, exterior, decoración de palabras, que bien se podrían reescribir totalmente en otro orden. Les falta lo esencial de la poesía, de lo que vive, de lo que canto, lo que [ilegible] palabras. Les falta el acento del bohemismo que tienen los poemas de su iniciador, esa melancolía, ese ensueño y esa resonancia en nosotros cuando los leemos.

1956

Lunes 2 de enero. Me encuentro en un estado moral espantoso. La sensación de que voy a morir y que estoy al final de todo. A tal punto que, al contestar algunas cartas que recibí por el Año Nuevo, no pude retenerme de escribir algunas palabras sobre mi desapego a todas las cosas, mi desinterés acerca de todo, mi indiferencia a la muerte.

Viernes 20 de enero. ¿Esta mañana...? Desde que ya no compro el periódico, no sé en qué día estoy. Esta mañana telefonema de Marie Dormoy para llevarme mañana sábado con el doctor Savoureux a la Vallé au Loups. Una verdadera mudanza para mí.

Viernes 17 de febrero. A las 11, una pequeña visita de Mme le Savoureux, puesta al corriente por la enfermera y la maleficencia que significa para mí los platillos de salsa de tomate, de la nueva dieta, es decir, dieta rigurosa, a la cual seré puesto.

Le hablé, sin molestarme, del café que me den en la mañana: en lugar de un reconfortante, del caldo aguado, casi agua.

Debo reconocer que ella aceptó muy bien mis observaciones y como yo le respondía que eso me molesta, ya que no me gusta dar molestias a la gente, me respondió que, al contrario debo señalar lo que no me parece y que verá absolutamente que todo sea como yo lo deseo.

Paul Léautaud murió el 22 de febrero de 1956.